



CARTOGRAFIAR SILENCIOS CON PEDAGOGÍAS FEMINISTAS PARA DESCENTRAR LA PALABRA

MAPPING SILENCES THROUGH FEMINIST PEDAGOGIES TO DECENTER THE WORD

CARTOGRAFAR SILÊNCIOS COM PEDAGOGIAS FEMINISTAS PARA DESCENTRAR A PALAVRA

Mariana Buzeki¹

Resumen

Este trabajo presenta una propuesta pedagógica en clave feminista que problematiza el silencio en el aula universitaria, desplazando de una lectura deficitaria - asociada al desinterés o la falta de participación- hacia una comprensión situada, política y afectiva. A partir de una experiencia docente en la asignatura Adolescencia; Educación y Cultura, se propone “cartografiar los silencios” como un modo de visibilizar el currículum oculto, las desigualdades en el acceso a la palabra y las formas de habitar la universidad. Partiendo de los aportes de las pedagogías feministas, el silencio es abordado como efecto de las relaciones de poder, pero también como posible forma de resistencia, cuidado o imposibilidad de traducción de la experiencia al lenguaje académico. En este marco, se diseña una propuesta didáctica basada en la producción colectiva de cartografías que habilitan modos no verbales de expresión - visuales, corporales y espaciales-, desarmando la centralidad de la palabra oral como único modo legítimo de participación. La propuesta busca transformar la mirada docente y colectiva sobre el silencio, generar condiciones de cuidado y ampliar las formas de presencia en el aula. Asimismo, se plantean líneas de continuidad vinculadas a la memoria pedagógica, la revisión de prácticas de enseñanza y evaluación, y la producción de conocimiento desde una ética feminista que evite reproducir violencias epistémicas. Cartografiar silencios se presenta, así, como una práctica que no busca clausurar sentidos, sino sostener la pregunta y habilitar otras formas de escucha, en el horizonte de construir aulas inclusivas, sensibles y políticamente comprometidas.

Palabras clave: Enseñanza; Investigación narrativa; Pedagogías feministas; Silencios.

Abstract

This work presents a feminist pedagogical proposal that problematizes silence in the university classroom, shifting from a deficit-based reading—associated with disinterest or lack of participation—toward a situated, political, and affective understanding. Based on a teaching experience in the course Adolescence; Education and Culture, it proposes to “cartograph silences” as a way of making visible the hidden curriculum, inequalities in access to speech, and the ways of inhabiting the university.

¹ Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata



Drawing on contributions from feminist pedagogies, silence is approached as an effect of power relations, but also as a possible form of resistance, care, or the impossibility of translating experience into academic language. Within this framework, a didactic proposal is designed based on the collective production of cartographies that enable nonverbal modes of expression—visual, bodily, and spatial—dismantling the centrality of spoken words as the only legitimate mode of participation. The proposal seeks to transform the teaching and collective perspective on silence, generate conditions of care, and broaden forms of presence in the classroom. It also outlines lines of continuity linked to pedagogical memory, the review of teaching and assessment practices, and the production of knowledge from a feminist ethic that avoids reproducing epistemic violence. Mapping silences is thus presented as a practice that does not aim to close off meanings, but to sustain the question and enable other forms of listening, with the horizon of building inclusive, sensitive, and politically engaged classrooms.

Keywords: Teaching; Narrative research; Feminist pedagogies; Silences.

Resumo: Este trabalho apresenta uma proposta pedagógica em chave feminista que problematiza o silêncio na sala de aula universitária, deslocando-o de uma leitura deficitária — associada ao deísterós ou à falta de participação — para uma compreensão situada, política e afetiva. A partir de uma experiência docente na disciplina Adolescência; Educação e Cultura, propõe-se “cartografar os silêncios” como um modo de tornar visível o currículo oculto, as desigualdades no acesso à palavra e as formas de habitar a universidade. Partindo das contribuições das pedagogias feministas, o silêncio é abordado como efeito das relações de poder, mas também como possível forma de resistência, cuidado ou impossibilidade de tradução da experiência para a linguagem acadêmica. Nesse contexto, é elaborada uma proposta didática baseada na produção coletiva de cartografias que possibilitam modos não verbais de expressão — visuais, corporais e espaciais —, desarticulando a centralidade da palavra oral como único modo legítimo de participação. A proposta busca transformar o olhar docente e coletivo sobre o silêncio, gerar condições de cuidado e ampliar as formas de presença em sala de aula. Além disso, são propostas linhas de continuidade vinculadas à memória pedagógica, à revisão de práticas de ensino e avaliação e à produção de conhecimento a partir de uma ética feminista que evite reproduzir violências epistêmicas. Cartografar os silêncios apresenta-se, assim, como uma prática que não busca encerrar sentidos, mas sustentar a pergunta e possibilitar outras formas de escuta, no horizonte de construir salas de aula inclusivas, sensíveis e politicamente comprometidas.

Palavras-chave: Ensino; Pesquisa narrativa; Pedagogias feministas; Silêncios.

1. Introducción

Esta propuesta surge de una experiencia docente concreta, íntima y profundamente política, mis enojos cuando el aula se llena de silencio. Esos momentos en que las preguntas quedan suspendidas en el aire, en que nadie comenta nada, en que siento – otra vez- que la escena se estanca, se pliega sobre sí misma, que reaparece



la forma más conservadora de la pedagogía heredada, esa que inmoviliza y vuelve todo predecible. Durante mucho tiempo leí esos silencios como desinterés, apatía o desgano. Me frustraba – y me frustra- la ausencia de respuestas, como si la falta de palabra interrumpiera la posibilidad misma de “dar la clase”.

La lectura feminista, cuir y descolonial trastocó esa interpretación. Me obligó a revisar mis expectativas sobre la participación, mis ideas sobre qué significa “hablar”, “estar”, “intervenir”, y a revisar también la pedagogía heredada, la que supone que una clase existe solo si hay preguntas, respuestas y comentarios en el registro discursivo hegemónico. En esta línea, Britzman(2002) advierte que los procesos de aprendizaje no son nunca transparentes ni lineales, y que la resistencia – el no decir, el no saber, el no poder- forma parte constitutiva de toda experiencia pedagógica que pone en juego identidades, deseos y certezas. El silencio, lejos de ser un obstáculo a eliminar, puede leerse como una de esas “técnicas extrañas” mediante las cuales lxs² sujetxs negocian su relación con el saber.

Las pedagogías feministas enseñan que aquello que ocupa el centro, lo universal, lo estable, lo neutro, lo masculino, lo blanco, lo académico, no es un punto inocente. El centro organiza quién puede hablar, cuándo y desde qué legitimidad. Señala voces autorizadas y voces que solo pueden escuchar. El silencio, entonces, no es ausencia, es un efecto del poder. Es un modo de habitar el margen, una marca de las trayectorias que traen lxs estudiantes, un gesto que puede ser defensa, resistencia, cuidado, desconfianza o simple imposibilidad de traducir lo vivido al lenguaje institucional.

En este sentido, recupero la advertencia de López Louro (2019) “*el centro se presenta como lo no problemático*”. Mapear los silencios es justamente descentrar esa lógica, desnaturalizar la idea de que la palabra académica circula libremente para todes, y mostrar que en el aula se juega algo más denso, la historia de las exclusiones y violencias que moldean quién toma la palabra y quién se guarda adentro todo lo que sabe y siente.

Las experiencias de Bell Hooks resuenan con fuerza, la universidad puede ser un lugar de éxtasis o de castigo, de libertad o de control, dependiendo del tipo de prácticas que sostenemos. Como plantea la autora, el aula universitaria puede convertirse tanto en un espacio de dominación como en un espacio de libertad, dependiendo de si la enseñanza reproduce jerarquías o habilita una pedagogía comprometida con la vida, la experiencia y el deseo de aprender (Hooks, 2021) En este marco, el silencio no es un simple déficit comunicativo, sino una respuesta situada a dispositivos pedagógicos que pueden vivirse como amenazantes o excluyentes. El silencio puede ser resistencia frente a un dispositivo que solo espera obediencia, puede ser miedo de no estar a la altura, puede ser – como describe Hooks de su propia formación en universidades blancas del norte global- el peso del racismo, la clase, la colonialidad y el sexismo que define qué cuerpos se sienten “intrusos” y qué cuerpos sienten que ese lugar les pertenece.

² En este texto se utilizará la X como forma de lenguaje no sexista que busca visibilizar a mujeres y hombres por igual, evitando el uso genérico del masculino y los estereotipos de género.



En nuestras aulas, además, confluyen estudiantes que inician su tránsito universitario, que cursan múltiples materias bajo regímenes de excepcionalidad, que trabajan, cuidan, militan, viajan y llegan con trayectorias desiguales. Esas condiciones no quedan afuera, entran con ellxs a la clase y moldean la escena, sus modos de mirar, de escuchar, de retirarse, de responder, de callar. Por eso, cartografiar los silencios se vuelve un gesto epistémico y político: epistémico, porque nos permite registrar lo que el currículum explícito no nombra y lo que el currículum oculto (Jackson, 1968) calla, lo que no se dice, lo que no se puede decir. Lo que aún no encontramos cómo nombrar. Político, porque reconfigura la práctica docente y desestabiliza las jerarquías que distribuyen el valor de las voces y los cuerpos en el aula.

No se trata – como advierten las pedagogías feministas- de obligar a hablar, ni de convertir la palabra en el único modo legítimo de presencia. Las pedagogías transgresoras no buscan forzar la confesión ni producir sujetxs transparentes al saber, sino sostener la incomodidad que emerge cuando aprender implica desarmar defensas, certezas y posiciones subjetivas (Britzman, 2002) Desde esta perspectiva, insistir en la palabra puede convertirse en una forma de violencia pedagógica, mientras que atender al silencio abre otras posibilidades de relación con el conocimiento.

Se trata de leer el silencio como posibilidad, como señal, como síntoma, como pregunta, reconocerlo como una forma de expresión que emerge de procesos afectivos, temores a la exposición, frustraciones, resistencias o estrategias de autoprotección. En diálogo con Britzman (2002), el silencio puede pensarse como una escena donde el aprendizaje se resiste a ser domesticado. No todo saber puede ser dicho de inmediato, ni todo proceso formativo se traduce en participación visible. La pedagogía transgresora, en este sentido, implica aprender a permanecer en aquello que no cierra, que incomoda y que demora.

Se trata también de habilitar presencias, otros lenguajes, otras materialidades que no permanezcan subordinadas a la lógica del discurso académico. Las cartografías permiten justamente eso, construir sentido desde lo visual, lo corporal, lo espacial, lo gestual. Permiten que la experiencia se exprese sin tener que ajustarse a la sintaxis universitaria. En el horizonte de esta actividad hay una intención más profunda, producir condiciones para que el aula vuelva a ser un espacio de posibilidad, un territorio donde las diferencias no silencien, sino que encuentren modos de existencia. Un aula donde la emoción, el deseo, la incomodidad y la imaginación – como plantea Hooks- puedan ser parte del proceso de aprender, y no obstáculos a domesticar.

Cartografiar los silencios en clave feminista, es también un acto de memoria: memoria de nuestros enojos y frustraciones docentes; memoria de los silencios que hemos vivido como estudiantes, memoria de las violencias que la institución universitaria reproduce y memoria de los mundos que queremos construir con otras pedagogías posibles. Y quizás por eso esta actividad no busca respuestas inmediatas, sino abrir escucha, abrir preguntas y abrir un modo distinto de estar juntxs en el aula. Porque allí – en ese gesto- empieza toda transformación.

2. Una propuesta didáctica

La arquitectura tradicional del aula no es un espacio neutro; es una tecnología de poder que petrifica los cuerpos en una coreografía de la inmovilidad. En el marco de la asignatura *Adolescencia, Educación y Cultura*, se propuso una intervención didáctica de carácter performativo y situado, que busca profanar la gramática escolar establecida para dar paso a una comprensión sensible y política de la vida grupal.

La propuesta inició con una ruptura del orden espacial. Las sillas, habitualmente dispuestas en filas que garantizan la jerarquía de la mirada, son desplazadas hacia las márgenes, abriendo un vacío que no es ausencia, sino potencia. El piso se convierte en el nuevo plano de inscripción, habilitando zonas de trabajo corporal y de *collage*.

Esta metamorfosis espacial tiene como fin último desestabilizar el régimen de visibilidad que organiza quién tiene el derecho a la palabra y quién es confinado al silencio. Al desarmar la disposición tradicional, se busca erosionar la dicotomía entre el docente-emisor y el estudiante-receptor, permitiendo que la circulación del deseo y la acción pedagógica se desplieguen en una geometría variable y horizontal. Partimos de un posicionamiento ético-político de raíz feminista: la docencia es una práctica que se teje en común. Bajo esta luz, el silencio deja de ser un síntoma individual o un "problema del estudiantado" para ser entendido como un fenómeno institucional y vincular. El silencio no les pertenece solo a lxs estudiantes; es la huella de una estructura que también habita el equipo de cátedra y los muros de la institución. Al colectivizar la mirada, la intervención propone que el silencio no sea algo a ser "llenado" o "corregido" por la autoridad, sino un territorio a ser habitado por todxs. Se trata de una apuesta por la corresponsabilidad política de la escena educativa.

La actividad se despliega a través de propósitos que tensionan las dimensiones de lo dicho y lo no dicho: (1) Visibilización del currículum oculto: Se busca dar cuerpo a los miedos, las tensiones y las jerarquías que circulan por debajo de los contenidos teóricos, convirtiendo lo invisible en materia de análisis. (2) Problematización del currículum explícito: Interrogar qué entendemos por "participar". ¿Es la oralidad la única forma legítima de estar presente? (3) Materialidades habilitantes: La creación de mapas, afiches, trazos y gestos funciona como un lenguaje alternativo. Los objetos y colores se tornan herramientas de mediación que permiten que lo inefable encuentre un soporte donde inscribirse y (4) Ética del cuidado: Se garantiza un entorno donde la expresión no es una demanda compulsiva. Cuidar significa, en este contexto, producir un espacio donde nadie sea forzadx a la palabra, pero todxs tengan las condiciones para la subjetivación.

El objetivo nodal de esta propuesta es desplazar la mirada deficitario-normativa sobre el silencio. En lugar de interpretarlo como falta de interés, apatía o carencia cognitiva, la intervención lo conceptualiza desde una perspectiva situada y compleja. El silencio es aquí comprendido como: (1) Forma de resistencia ante la hegemonía de la palabra académica, (2) Gesto de protección en entornos percibidos como hostiles o evaluativos, (3) Territorio aún no nombrado, donde lo adolescente late fuera de las categorías adultocéntricas y (4) Modo de presencia no verbal, tan legítimo y denso como el discurso oratorio.



En última instancia, esta propuesta didáctica aspira a transformar la mirada del equipo de cátedra y de lxs estudiantes, mutando de una observación clínica a una escucha política y sensible. Al final de la jornada, no se busca haber "vencido" al silencio, sino haberlo transformado en una cartografía compartida que nos permita comprender, con mayor densidad, qué significa educar en la cultura contemporánea. En sí la propuesta pedagógica se despliega como una intervención micropolítica que busca subvertir la hegemonía del *logos* académico y la gramática prescriptiva del aula tradicional. A través de una metodología narrativa y procesual, se pretende transitar desde una concepción del silencio como vacío o déficit hacia una comprensión del mismo como territorio de resistencia, cuidado y subjetivación.

El primer estadio de la intervención tiene como fin desnaturalizar la quietud. No se busca romper el silencio, sino interrogarlo, permitiendo que la pregunta por lo no dicho emerja como un objeto de conocimiento compartido.

La apertura se distancia de la clase magistral para adoptar la forma de una ronda de afectación. Aquí, la figura docente no imparte un saber cerrado, sino que expone su propia vulnerabilidad: *¿Qué nos dicen los silencios que habitan esta clase?* Al legitimar la situación afectiva de quien enseña, se fractura la ilusión de neutralidad pedagógica. Se invita a lxs estudiantes a una escucha sin demanda de productividad inmediata, donde el silencio es, por primera vez, una respuesta legítima y soberana. La pregunta no busca una respuesta oral, sino que funciona como un activador del pensamiento reflexivo, una semilla que germina en la introspección colectiva.

El aula, como dispositivo de vigilancia y control, se ve sometida a una intervención espacial radical. La propuesta de mover las sillas y conformar "islas" de trabajo no es un mero cambio estético, sino una reconfiguración de las relaciones de poder. Al liberar el piso y eliminar el "frente" (el estrado o la pizarra como polo único de atención), se clausura el carácter panóptico de la clase. La distribución de materiales —telas que aportan texturas, cintas que delimitan fronteras imaginarias, revistas que ofrecen imágenes-fuerza— busca generar materialidades habilitantes. Lxs estudiantes recuperan la agencia sobre el espacio, eligiendo esquinas, pasillos o el propio suelo para inscribir su presencia, desbordando los límites del mobiliario normativo.

En grupos pequeños, la pregunta se torna cuerpo. El rol docente se vuelve errante; circula sin dirigir, una presencia que acompaña mediante la escucha flotante. Ante el bloqueo, la intervención es suave: preguntas disparadoras que indagan en la fenomenología del cuerpo callado (*¿Qué desea y qué teme tu cuerpo cuando el aula enmudece?*). Se garantiza así la multiplicidad de lenguajes: quien no desea la palabra oral, encuentra en el trazo, el dibujo o la escucha atenta un modo de existencia válido, evitando la monopolización de la voz y promoviendo una ética del cuidado.

El encuentro culmina con la construcción de un borrador cartográfico. Bajo la premisa de *"dejar que la mano diga lo que la voz no puede"*, lxs estudiantes comienzan a dar forma a un mapa preliminar. No se trata de explicar el silencio, sino de texturizarlo. Manchas de color para las tensiones, vacíos de papel para lo que no puede ser nombrado, líneas de fuga para los deseos latentes. Estos mapas quedan en resguardo,



como testimonios de un proceso que se niega a la clausura inmediata y que reconoce la necesidad de tiempos lentos para la elaboración de la experiencia.

El segundo encuentro profundiza la dimensión política de la práctica, pasando de la sensación individual a la identificación de las fuerzas institucionales que producen el mutismo. El reencuentro con los mapas del primer día se realiza bajo una consigna de extrañamiento: leer la producción propia como un territorio extranjero. Esta distancia estética permite identificar capas de sentido que antes eran invisibles: ¿Qué zonas están saturadas? ¿Qué vacíos son elocuentes? La observación silenciosa precede a la acción, permitiendo que la imagen hable antes que el concepto.

En esta etapa, la construcción colectiva se vuelve analítica y crítica. El equipo docente acompaña preguntando por la procedencia de esas fuerzas: ¿Qué silencios nos protegen y cuáles nos duelen?, ¿Cómo el mobiliario o las reglas tácitas sostienen la imposibilidad de hablar?, ¿Qué voces ocupan el centro y cuáles son desplazadas a la periferia del mapa?

El resultado es una cartografía densa, un ensamble de objetos, fotos y tejidos que representan las condiciones de posibilidad de la palabra en la institución. Se busca que el mapa revele el entramado entre lo subjetivo y lo estructural. Los mapas se exponen en las paredes, transformando el aula en una galería de la experiencia sensible. Se propone un recorrido en silencio, entendido aquí como una herramienta de lectura crítica. Sin embargo, este silencio no es pasivo: lxs estudiantes dejan "huellas silenciosas" (post-its, gestos gráficos, flechas) en las producciones ajenas. Esta intervención mínima pero potente construye una lectura colectiva sin recurrir a la voz, permitiendo resonancias afectivas ("*me resonó este vacío*", "*aquí también me siento yo*") que fortalecen la trama grupal sin la exposición directa del yo.

El cierre no busca conclusiones clausurantes, sino la apertura de nuevas preguntas: ¿*Qué mundo pedagógico imaginan estos mapas?* Se trata de una reflexión que revisa la propia práctica docente y las expectativas normativas de participación. La temporalidad de esta propuesta es estratégica: se realiza en el segundo mes de cursada para establecer un código común de cuidado y se retoma al final del cuatrimestre. Este movimiento helicoidal permite comparar las lecturas y evaluar si la intervención logró transformar el clima del aula o si las tensiones persisten, reconociendo al silencio como una materia viva y en constante mutación.

La propuesta aspira a que el silencio deje de ser leído como fracaso pedagógico para convertirse en materia de pensamiento. Se espera que la clase logre nombrar sus ausencias sin culpa y que el equipo docente desmonte su propia ansiedad normativa frente a la quietud estudiantil. En articulaciones Institucionales: la intervención busca dialogar con otras cátedras del área de Educación, equipos de ESI y programas de bienestar estudiantil, proponiendo una pedagogía de los afectos que pueda ser replicada en otros trayectos formativos de la universidad. Estrategia de Sistematización: Para que esta experiencia no se desvanezca, se implementa un dispositivo de registro múltiple: fotografías de las cartografías, un diario de campo docente que capture las intensidades del encuentro y relatos anónimos de lxs estudiantes. Al finalizar la cursada, estos materiales se someten a una sistematización colectiva, convirtiendo la vivencia de clase en un insumo para la investigación



narrativa y la producción de conocimiento pedagógico situado. En definitiva, se trata de una apuesta por una pedagogía de la presencia, donde el estar-juntos no dependa exclusivamente del sonido de las palabras, sino de la capacidad de habitar colectivamente nuestras zonas de sombra y de luz.

3. Derivas de una cartografía de los silencios

La cartografía de los silencios no se agota en el tiempo acotado de la actividad ni pretende clausurar aquello que abre. Por el contrario, su potencia reside en dejar preguntas abiertas, en habilitar derivas posibles que permitan sostener en el tiempo una pedagogía atenta a las voces, pero también a los pliegues, a las pausas y a lo que no encuentra aún palabra.

Una primera línea de continuidad se inscribe en la propia cursada. Volver sobre las cartografías producidas hacia el final del cuatrimestre no como ejercicio comparativo ni evaluativo, sino como relectura. Retomar esos mapas para observar qué silencios persisten, cuales se transformaron y que nuevas formas de presencia emergieron en el transcurso del tiempo compartido. No se trata de medir avances, ni de constatar “mejoras”, sino de reconocer que los procesos pedagógicos son siempre no lineales, atravesados por ambivalencias, resistencias y reapropiaciones previas. Releer los mapas es también leer la historia del grupo, sus movimientos, sus límites y sus posibilidades.

Otra continuidad posible se vincula con la producción de memoria pedagógica. Registrar los silencios – a través de bitácoras, notas sueltas, fragmentos escritos o visuales- permite construir un archivo sensible de la experiencia. Un archivo que no busca capturar la totalidad ni traducir todo al lenguaje académico, sino alojar restos, impresiones, incomodidades, preguntas. En este sentido, el silencio deja de ser un vacío a llenar y se convierte en un dato, en una huella, en una forma de conocimiento situado. La escritura – docente y estudiantil- no aparece aquí, como obligación, sino como posibilidad de elaboración.

La experiencia de cartografiar los silencios también abre una línea de continuidad en la revisión de los rituales cotidianos en el aula. Las formas de iniciar una clase, de pedir la palabra, de habilitar la participación, de cerrar un encuentro, se vuelven objetos de interrogación pedagógica. Lo que las cartografías muestran pueden derivar en pequeñas transformaciones del dispositivo: aperturas no centradas en la oralidad inmediata, tiempos deliberados de silencio, consignas que no exijan respuestas rápidas ni exposiciones públicas, modos de participación que reconozcan la diversidad de cuerpos, ritmos, trayectorias. En esta dirección, la intervención no se limita a una actividad puntual, sino que permea el modo de estar juntxs en clase.

Otra deriva posible se inscribe en el campo de la evaluación. Lo que los silencios revelan interpela directamente los modos en que se valora la participación, el compromiso y el aprendizaje. Pensar evaluaciones que no reproduzcan la centralidad de la palabra oral, que habiliten registros visuales, narrativos, fragmentarios o colectivos, es parte de una continuidad feminista que busca no expulsar aquello que no encaja en la norma académica. Aquí, la cartografía funciona como antecedente y como legitimación de otros modos de producir conocimiento.

En un plano más amplio, esta experiencia puede devenir investigación pedagógica en clave feminista. La sistematización de la cartografía – desde diarios de campo, registros visuales, relatos anónimos- permite producir conocimiento sobre prácticas docentes, los afectos en el aula y las formas contemporáneas de habitar la universidad. No para hablar en nombre de lxs estudiantes, sino para dejar que las huellas del proceso interrumpen los discursos totalizantes y universalizantes sobre la enseñanza. Desde una perspectiva feminista, que asume el conocimiento como situado, encarnado y atravesado por relaciones de poder, registrar los silencios implica también sostener una ética que no busque traducirlos inmediatamente en palabras ni capturarlos en categorías cerradas, sino alojar su opacidad sin convertirla en falta. En ese gesto, se juega la posibilidad de no reproducir nuevas formas de violencia epistémica (Pérez, 2019)

Finalmente, una línea de continuidad posible se juega en el plano ético y político. Sostener esta experiencia en el tiempo implica aceptar que no todo silencio se transforma, que no toda incomodidad se resuelve, que no toda pregunta encuentra respuesta. La continuidad no está en forzar la palabra ni en celebrar el silencio, sino en seguir creando condiciones para que el aula sea un espacio donde la diferencia no se traduzca automáticamente en exclusión. Cartografiar los silencios, en este sentido, es un ejercicio de escucha persistente, una forma de permanecer en la pregunta y de resistir la tentación de cerrar aquello que todavía está buscando cómo decirse. Porque quizás, como sugieren las pedagogías feministas, la transformación no comienza cuando hablamos más, sino cuando aprendemos a escuchar de otro modo.

Referencias bibliográficas

- Britzman, D. (2002). La pedagogía transgresora y sus extrañas técnicas. En Mérida Jiménez, R. M. (ed.). *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: Icaria.
- Hooks, B. (2021). *Enseñar a transgredir*. Madrid: Capitán Swing. Selección de capítulos.
- Hooks, B. (2021). “Eros, erotismo y el proceso pedagógico” en *Enseñar a transgredir. La educación como práctica de la libertad*. Madrid: Capitán Swing.
- Lopes Louro, G. (2012). “Extrañar el currículum” en Spadaro, M. C. (comp.). *Enseñar filosofía, hoy*. La Plata: Edulp.
- Lopes Louro, G. (2019). “Currículo, género y sexualidad. Lo “normal”, lo “diferente” y lo “excéntrico”” en *Descentrada*, Vol. 3, nº 1, marzo-agosto 2019.
- Pérez, M. (2019). “Violencia epistémica: reflexiones entre lo invisible y lo ignorable” en *Revista de Estudios y Políticas de género*, 1: 81-98.